



JESUS ORTIZ

El próximo día treinta se abre en la Sala de Cultura de la Caja de Ahorros de La Laguna una nueva exposición del notable acuarelista afincado en Tenerife Jesús Ortiz. En el programa confeccionado al efecto figura una presentación del profesor Salvador, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de La Laguna. Es este su comentario:

Jesús Ortiz ha querido que yo quien presente esta exposición suya. Al parecer prefiere en esta ocasión las palabras marginales de un simple aficionado al certero aval crítico de un especialista. Bien es verdad que su pintura ya no

necesita avales y que el juicio de un espectador puede resultar válido para otros espectadores e incluso coartarlos menos que la contundencia técnica de un análisis crítico. Diré, pues, lo que yo pienso desde mi ángulo de observación.

Para mí la pintura es un lenguaje y creo, con Claude Lévi-Strauss, que el atributo esencial de la obra de arte es el de aportar una realidad de orden semántico. En ese sentido la obra de Jesús Ortiz me parece ejemplar. Porque Jesús Ortiz no es sólo un pintor que ha procurado ir enriqueciendo y perfeccionando sus medios expresivos, ir buscando los procedimientos técnicos más adecuados para plasmar sus ideas, sino sobre todo un pintor con

ideas que plasmar, un pintor que en todo momento quiere decirnos algo.

¿Y qué nos dice Jesús Ortiz en estos monotipos que hoy contemplamos? ¿Qué significado tienen estos cuadros? Pues bien, yo diría que tienen un significado abstracto. Y el término comporta tales connotaciones pictóricas que no tengo más remedio que explicarme.

Yo creo que en la pintura, como en la literatura, como en todo arte, como en todo signo, podemos distinguir dos planos, plano de la expresión y plano del contenido. Y es en el plano de la expresión donde está lo abstracto de la pintura llamada abstracta; su significación no es abstracta, a lo sumo es inconcreta. En realidad el pintor sólo tiene un camino para comunicarnos plásticamente una abstracción: el de comunicárnosla simbólicamente.

No pretendo alterar una nomenclatura consagrada, ni soy yo quién para eso, pero todo resultará más claro si entendemos que una pintura de verdadero contenido abstracto no es nunca una pintura abstracta sino simbólica. Ahora bien, el artista tiene que crearse sus propios símbolos. Y sólo puede hacerlo por reiteración. Si en el conjunto de una obra pictórica logramos establecer un rasgo constante, una invariante, ese rasgo se convierte en signo, significa.

¿Cuál es la constante significativa de estos cuadros que hoy tenemos delante? La soledad del hombre en el mundo actual. Jesús Ortiz nos dice que el hombre está tremendamente solo entre los demás hombres, solo en su inestable columna, solo ante la ciudad cuadrículada. La masa que cruza, mecánicamente, el paso de peatones o que espera en su coche que los peatones pasen, que es arrastrada por la escalera mecánica, que comparte ajena el ascensor, que corre competitivamente sobre una bicicleta, es siempre un conjunto de individualidades solitarias. Todas estas figuras humanas son meros símbolos de la soledad. E incluso cuando el agrupamiento es de objetos, digamos de botellas, cada botella se percibe como una entidad solitaria. El pintor acentúa el símbolo, lo explica, en esos cuadros de los que ha sacado una figura, que advertimos tan desamparada dentro como fuera.

Esto es lo que yo veo, el significado que percibo. Y la reiteración potencia ese significado. El espectador toma conciencia de su íntimo desamparo, de su irremediable soledad. Y empiezo, paradójicamente, a sentirse menos solo, porque se siente comprendido por el artista.

Que los críticos de arte digan ahora si esa técnica del monotipo está bien lograda, si los medios expresivos son los más ajustados a ese mensaje que se nos quiere transmitir. Yo intuyo que sí lo son. Porque si no lo fueran, no me dirían lo que me dicen.